

DIEZ CONFUSIONES FRECUENTES QUE HEMOS DE EVITAR EN LA EDUCACIÓN CON LOS ADOLESCENTES

Hay cuando menos diez errores de óptica en las que solemos caer los padres y maestros de adolescentes en nuestro afán por ayudarlos.

PRIMERO: Nos quejamos de que son "abusivos", "contestatarios" y opositores sistemáticos", porque la juventud de hoy encarna el Antagonismo: la contradicción. Urge entender que los adolescentes no son antagonísticos, sino Protagonísticos, es decir: lo que los mueve no es el deseo de oposición, sino la necesidad de ser y actuar.

No es lo mismo antagonizar que protagonizar, pero cuando a alguien se le ha negado el derecho de pensar por sí mismo, de actuar, de tomar decisiones y de buscar para poder definir un rol personal, un "que hacer con mi existencia", entonces puede caer en un antagonismo sistemático: la oposición misma.

Si los padres y maestros decimos siempre que no "porque no", si no estimamos los juicios, las acciones, los esfuerzos de los jóvenes, ellos aprenden a criticar, rechazar, oponerse y cuestionar nuestras opiniones, indicaciones y decisiones.

SEGUNDO: Creemos que hay buena comunicación en la familia y en aula, cuando hablamos mucho con nuestros hijos o alumnos, pero sin advertir que lo que predomina es el monólogo. La comunicación es Diálogo, no sermón. implica dejar de hablar y escuchar con atención y con intención de entender al interlocutor, comprendiendo su punto de vista, aunque no lo podamos compartir.

TERCERO: El adolescente necesita orientación, pero más necesita acompañamiento. No requiere alguien junto a él, que le esté diciendo toda la vida qué hacer y cómo comportarse: lo que más falta le hace es alguien que lo acompañe en sus temores, que le diga desde lo más hondo del alma "te entiendo", "comparto tu sentimiento", de alegría, de tristeza, de nostalgia, de temor, de confianza.

Si no lo encuentra, puede crecer con la sensación de que nunca lo encontrará; se formará el autoconcepto de "incomprendido", como tanta gente adulta que se duele de no encontrar a alguien en el Mundo que pueda simplemente escucharle y comprenderle.

CUARTO: Entendemos que el joven necesita estima y respeto: de su persona, de sus ideas, de sus proyectos a veces descabellados, pero "suyos" y de sus sentimientos, pero hemos de cuidar no confundir esa necesidad con el

consentimiento; son las mismas letras, pero no es lo mismo "sentir con", que "consentir". Lo primero implica **empatía**: sentir lo que el otro siente ya acompañarlo en su sentimiento, sin aprobar ni desaprobar, pero evitando el rechazo y la sobreprotección afectiva.

Ayudarlo a cargar la alforja, pero no cargarla por él. Nostalgia, depresión, tristeza o frustración: ensimismamiento, melancolía, miedo, son momentos emocionales que pueden tener una causa externa o interna, objetiva o subjetiva, psíquica o somática, y de los cuáles puede pasar con agilidad y prontitud a estado de alegría, euforia, entusiasmo o esperanza.

Acompañarlo sin imponerle compañía; decirle sin palabras, que estamos disponibles y dispuestos, que tenemos tiempo para él, que confiamos en su habilidad para manejar sus sentimientos, y que tenemos prisa en verlo superarse a sí mismo. ¡Cuántos adultos ya viejos tienen que acudir con papá mamá, para manejar su ansiedad, tristeza, coraje o frustración, porque nunca se les dejó pelear sus propias peleas internas sin abandonarlos, pero sin sobreprotegerlos!

QUINTO: Valorar a una persona no es desubicarla ni hacerla creer que puede lo que no puede. Valorar; ni desvalorar. Los mensajes de los padres y maestros dirigidos a la autoestima, auto-aprecio y auto-confianza del adolescente, han de contribuir a la formación de un concepto realista y apreciativo del "YO" del joven.

Hemos de ayudarlo a conocerse con sus riquísimas potencialidades y cualidades, pero también con sus limitaciones, valorarse en lo que es actual y potencialmente, y aceptarse para entrar en una competencia con él mismo, y no con los demás; por se mejor cada día y superándose a sí mismo, más que midiéndose con los demás.

SEXTO: Ayudar a un joven a hacerse responsable, no equivale a abandonarlo a sus fuerzas, ni tampoco a ignorar sus tropiezos. Tan perjudicial puede ser "responder por él" liberándolo de las consecuencias de sus actos - salvarlo y sobreprotegerlo, bloqueando el desarrollo de la responsabilidad, como dejarlo completamente en su forma prematura. En ocasiones necesitará apoyo o ayuda para responder de las consecuencias de sus ensayos erróneos, pero siempre en la línea de una libertad - responsabilidad creciente.

No es un "estira y afloja" que depende del estado de ánimo de los padres, sino un estira y afloja que depende de la demostración tangible de una mayor capacidad de responsabilidad: mientras más hábil para responder por él mismo, más capaz de ejercer su libertad.

SÉPTIMO: El adolescente necesita ver refrendada la confianza que sus padres y otros adultos le tienen; si la gente valiosa (para él) confía en él, podrá confiar

cada vez más en él mismo: **Auto-confianza.**

Si embargo, en ocasiones los padres confundimos confianza con credulidad, y vemos a los hijos "lo que queremos ver, cayendo en una peligrosa ceguera y autoengaño. En casos extremos la confianza ciega precipita al hijo en abismos sin retorno. Como aquella madre que "se tranquilizó" al aceptar la explicación que le dio el hijo respecto a la marihuana que tenía en su cuarto: Me la dió a guardar un compañero de la escuela"... ¡A qué bueno! qué "alivio" para aquella madre, que por un momento supuso que su hijo podría estar cayendo en la drogadicción

La confianza en el adolescente no debe ser ciega e invariable. Aún cuando su infancia haya transcurrido en los mejores términos imaginables, la prudencia nos aconseja estar vigilantes de los rumbos que las nuevas búsquedas del hijo puedan tomar, sobre todo al crecer la importancia de la influencia de los amigos y del medio ambiente, en el cual él necesita ser aceptado y reconocido (Afiliado) por sus iguales.

OCTAVO: No confundir tolerancia con permisividad; una mirada superficial sobre los efectos nocivos del autoritarismo paterno, ha llevado al error de un inmovilismo y un silencio cómplice en las equivocadas búsquedas de los adolescentes, ni oposición sistemática, ni criticismo, ni prohibir, pero tampoco permitir aquello que contradice la moral, el recto juicio o la salud mental o física.

Ser en extremo tolerante con todo aquello que es intrascendente, pero al mismo tiempo ser claramente exigente con lo fundamental, corrigiendo cada vez que se requiera, porque están en juego valores humanos inabdicables.

NOVENO: Adoptar una postura conciliatoria y una actitud aceptante, no equivale a una abdicación de la responsabilidad en el ejercicio de la autoridad paterna. Evitar una disciplina rígida e irracional, no significa implantar el caos de la indisciplina en el hogar, sólo porque los hijos arribaron a la adolescencia.

Esperar un comportamiento, "adulto (maduro), pleno de autodisciplina y autocontrol por parte del adolescente, sería caer en angelismo ingenuo y perjudicial que desembocaría en el caos.

El adolescente necesita del servicio de una disciplina externa, que le ayude a aprender el control- autocontrol - de Una vida mental y emocional en

ebullición y en busca de dirección y sentido. Sólo que esa disciplina tiene que ser razonable, estable y constante, útil y benéfica para la comunidad familiar - para todos -, y suficientemente flexible como para poderse adaptar a los cambios que se presenten, en necesidades, horarios o circunstancias.

DECIMO: Acompañar, acercarse, dialogar y compartir con los jóvenes, no significa que los padres y maestros tengamos que "disfrazarnos" de adolescentes.

En la pubertad se requiere de un modelo cercano y afectuoso que sirva de pauta y referencia para la definición más completa del propio "YO"; pero ese cierto "modelo" debe ser **adulto**, firme, estable, hasta cierto punto admirable, nunca lejano ni inaccesible, pero tampoco tan cercano que no represente ninguna guía ni orientación.

Entre otras cosas, el hijo deberá aprender a ser auténtico, a ser "él mismo" y no una copia al carbón o una caricatura de alguien más. La cercanía de nosotros con él, implica naturalidad, no fingimiento.

Cinco condiciones son claves para acompañar a nuestros adolescentes en sus crisis y dificultades adolescentes. **ESCUCHAR, COMPRENDER, ACEPTAR, ESTIMAR Y ENCAUZAR.**